

LA REPETICIÓN. QUÉ ES Y CÓMO FUNCIONA

por Francisco-Manuel Nácher

1.- Cuando yo tenía doce años e iba a comenzar mi bachillerato, que entonces duraba siete, el primer día de curso, al empezar la clase de latín, asignatura que para mí era totalmente desconocida, recuerdo que el profesor, lo primero que hizo fue, sin decir palabra, tomar un trozo de tiza, dirigirse a la pizarra y escribir esta frase que, lógicamente, me resultó ininteligible, pero que no he olvidado: “Gutta cavat lapidem”.

Ante la expectación de todos sus alumnos, aquel profesor cuyo rostro se me ha borrado pero cuya lección no, nos dijo:

- Esta frase latina significa algo que debéis tener presente siempre: “La gota socava la piedra”.

Y, ante nuestro reflexivo silencio, añadió:

- Una gota de agua parece no tener ningún poder ni ninguna fuerza. Es sólo una gota de agua. Pero si, sobre la más dura piedra, caen una tras otra, ininterrumpidamente, incesantes gotas de agua, acabarán por perforarla, socavarla, atravesarla y, en una palabra, dominarla.

Y concluyó:

- Si estudiáis persistentemente, si os esforzáis día tras día para lograr lo que deseáis, no os quepa duda de que lo lograréis, sea el que sea vuestro deseo.

Aquello debió resultar para mi espíritu, abierto aquel año a muchas novedades, algo digno de ser archivado y utilizado.

No me es posible ya, como he dicho, pasados casi sesenta y dos años, ver con claridad el rostro de aquel profesor, al que, terminado el primer curso, nunca más volví a ver, ya que murió tuberculoso durante las vacaciones de verano. Pero su frase no murió. Quedó en mí. Desde aquel momento especial pasó a formar parte de mí.

Vale la pena reflexionar sobre el valor que lo que decimos o hacemos puede tener para otros, de qué modo tan misterioso y sugestivo influimos en las vidas de los demás. ¿Quién le iba a decir a él en aquel momento que, sesenta y dos años más tarde, aquella frase suya iba a servir para dar comienzo a una conferencia pronunciada por uno de sus intrigados alumnos de entonces? ¿Y quién me iba a decir a mí en aquel preciso instante que, sesenta y dos años después, esa frase, guardada sin duda con esa finalidad, en el fondo de mi memoria, sería para mí tan importante como para constituir el leit motiv de una conferencia? Es un ejemplo claro de que las enseñanzas, las verdades, nunca caen en saco roto. Tardan más o menos en germinar, pero acaban haciéndolo y creciendo y convirtiéndose, como dice el Evangelio, en árboles en cuyas ramas buscan cobijo las aves del cielo.

Tan importante es el pensamiento que la frase encierra, tan profundo, tan trascendental, tan lleno de Verdad, tan inagotable, que el propio Dios lo ha convertido en el hilo conductor que forma la trama de toda Su obra creadora, sobre la que va entrelazándose la urdimbre, tanto a nivel externo como interno, físico como etérico o de deseos o mental, a nivel individual o colectivo, o grupal o racial, a nivel oleada de vida, a nivel planetario, a nivel cósmico... todo está secretamente unido, relacionado por esa verdad, por esa manifestación de la ley natural, de la voluntad divina, que hace que Dios pueda expresarse, a todos los niveles, en creaciones cada vez mayores y más evolucionadas y más perfectas.

Porque, ¿qué es lo que hace posible la evolución sino la repetición? Hemos estudiado en nuestra filosofía cómo un Día de Manifestación, de los que no sabemos cuántos existen pero que, en virtud de la Ley de Analogía, sabemos que, indudablemente, serán similares unos a otros aunque progresivos, comprende siete Períodos, cada uno de los cuales no es sino la repetición, en un nivel distinto, de un primer proceso creador en espiral. Y que cada Período comprende siete globos, siete planetas que, repitiendo los mismos procesos sin prisa pero sin pausa, ascienden la espiral evolutiva de cada uno de ellos, haciendo posible la del propio Logos Solar. Y que cada Globo contiene siete Revoluciones, cada una de las cuales no es sino repetición de la anterior, un escalón

más arriba. Y cada Revolución no es sino un conjunto de Épocas, cada una de las cuales repite las anteriores perfeccionándolas y haciéndolas avanzar. Y cada Época se compone de varias razas, que no hacen sino progresar, giro tras giro, a través de la divina espiral. Y cada raza no es sino...

¿Es que un sistema planetario es otra cosa que un átomo que, a fuerza de repetir sus procesos, ha alcanzado una dimensión inimaginada? Y un sol, ¿no es un planeta así evolucionado? Y un zodiaco, ¿no es un sol así desarrollado? Y una nebulosa, ¿es otra cosa que el fruto de una repetición ascendente? Y el Cosmos, ¿no es sino una serie infinita de nebulosas, subiendo todas, a la vez, la misma escala del devenir?

¿Es que la planta no evoluciona a base de repetirse, cada vez que florece? ¿Y el animal, cada vez que se reproduce?

Si la vida es movimiento, ese movimiento no es otra cosa que repetición, insistencia, constancia, voluntad. Voluntad, que es la nota clave del Padre, el que, amorosamente, empuja a lo largo de los siglos, Su obra, en un concierto infinito de arpeggios que se repiten y se confunden y se armonizan y, con ello, avanzan. Pero siempre utilizando el mismo sistema: el de las espirales dentro de espirales.

2.- Cuando se nos dice que cada Período contiene siete Globos y que cada Globo es atravesado por siete Revoluciones y cada Revolución contiene siete Épocas y cada Época, siete razas; cuando se nos dice que la galaxia se reproduce en la nebulosa y ésta en el sistema planetario y éste en el átomo, etc., nosotros comprendemos la idea e imaginamos la evolución desde lo grande hacia lo pequeño.

Pero, bien mirado, no es así. Es al revés. Porque lo grande, por muy grande que sea, siempre está compuesto por muchos pequeños que, por definición y por lógica, son antes que el todo y lo van construyendo a medida que nacen y se desarrollan. Y ellos, a su vez, van creciendo a medida que lo hacen sus partes integrantes, que crecen, al crecer sus elementos constituyentes.

Fijémonos sino en un Período. Por ejemplo, el Período Terrestre. Forma parte de la Cadena de Períodos. Pero ésta no estará construida hasta que haya terminado el Período de Vulcano.

Y, si nos fijamos en las siete Revoluciones, no estarán concluidas hasta que termine la séptima. Y la cuarta, en la que estamos, la forman las Épocas Polar, Hiperbórea, Lemúrica, Atlante y Aria, más la Eslava y la Séptima. Hasta que haya desaparecido esta última, pues, la cuarta Revolución del Período Terrestre no existirá como tal.

Y, dentro de la cuarta Revolución, la Época Aria, la nuestra, no existirá como tal hasta que hayan aparecido y concluido las subrazas eslava y séptima, aún innominada...

La evolución, pues, va de lo pequeño a lo grande, de lo inferior a lo superior, lo mismo que cada ladrillo forma parte de una casa pero ésta no existe hasta que se ha colocado el último.

Como dice la Sra. Heindel, en su carta a los estudiantes de junio de 1.929, “el planeta tiene que pasar por eones de tiempo en su desarrollo; ciclos y ciclos, los pequeños todos, encontrándose en series de otros más grandes. La Tierra y el hombre están sometidos a la misma ley: Un pequeño ciclo aporta pequeños cambios a la evolución de la oleada de vida. Pero, a medida que las pequeñas vidas se confunden con las grandes, tienen lugar cambios muy importantes y todas las manifestaciones de la vida, en esos períodos, se ven afectadas por ellos”.

Hemos de empezar, pues, por lo pequeño, para elevarnos un poco. Ese poco nos hará sentir hambre de más y volveremos a elevarnos, pero esta vez más altos. Y así, poco a poco, iremos describiendo la espiral de nuestra evolución en esta vida que, a su vez, no será más que una parte de otra espiral mayor, la de nuestra evolución total. La cual, será sólo una parte de la evolución de la oleada de vida, y ésta, del sistema planetario, etc. etc.

Lo importante, pues, no es mirar lo grande e ir descendiendo, y pensar que la naturaleza procede así, sino fijarnos y esforzarnos en lo pequeño y, desde allí, elevarnos, poco a poco, hasta lo grande.

¡Cuánto contenido, pues, en aquella frase de mi infancia! Y ¡cuánto me gustaría poder ahora dialogar con aquel maestro que había descubierto su valor y supo transmitir aquel secreto para que cada uno de nosotros lo incubásemos hasta el momento oportuno! ¿Cuántos de mis compañeros de entonces la recordarán? ¿En cuántos habrá fructificado?

3.- Re-petir, etimológicamente, de “re” y “petire” significa volver a pedir, volver a reclamar o a exigir. Y sus sinónimos “re-iterar” y “re-incidir” significan, respectivamente, recorrer de nuevo el mismo camino, ya que iter, eris significa precisamente eso, camino, senda, recorrido; y volver a insistir, recalcar, volver a actuar en el mismo sentido que antes.

Recordemos aquellos versos que dicen:

“Caminante, no hay camino.
Se hace camino al andar.”

La frase, acuñada por Antonio Machado en uno de sus inmortales poemas, nos parece a todos acertada y exacta. Y todos la comprendemos fácilmente. Todos entendemos que, si no hay camino, hay que hacerlo, con lo cual hay que andarlo por primera vez; pero también que, si ya existe, al caminar por él, lo ampliamos, lo afirmamos, lo hacemos más seguro y más transitable y más cómodo y hasta más familiar. En resumen: que siempre que andamos, hacemos camino.

Pero, examinemos la frase desde el punto de vista oculto. ¿Qué otra cosa nos dice?

Nuestra vida es un camino aún no transitado y que, por tanto, hay que abrir... andando, pero, con el ejercicio de nuestro libre albedrío, escogiendo, a cada paso, una entre las infinitas posibilidades de actuación que se nos presentan.

Porque, cada instante de nuestra vida está formado, en última instancia, por una decisión que pone en marcha una posibilidad, y sólo una y, con ello, desecha todas las demás. Y cada decisión es un paso que hace camino, que desbroza el terreno, que orienta y condiciona los futuros pasos y que, de modo inevitable, nos aproxima a la meta.

La vida, pues, no es más que un ininterrumpido decidir, un permanente caminar y un incesante e ineludible hacer camino al andar. Por eso no hay dos hombres iguales. Y cada vez estamos más individualizados.

4.- Sabemos que, entre nuestros vehículos, tenemos uno que es el responsable de la memoria, pero también lo es de la clarividencia y la posibilidad de viajar por otros planos y, en definitiva, de nuestra evolución espiritual. Es el cuerpo Vital. Y también sabemos que Max Heindel afirma taxativamente que la evolución espiritual consciente ha de empezar con el trabajo sobre el Cuerpo Vital.

¿Qué tiene, pues, el cuerpo vital de especial? Tiene que se compone, como sabemos, de cuatro éteres: químico, de vida, de luz y reflector.

Los dos inferiores nos hacen posible asimilar, crecer y reproducirnos. El tercero, percibir nuestro entorno. Y el cuarto, recordar nuestras sensaciones y experiencias.

Pero es que, además, el cuerpo vital, no sólo es el proveedor – a través del bazo etérico – de la energía solar-vital al cuerpo físico, sino que es también el administrador de esa energía. Y, para administrarla bien, da lugar a la creación de hábitos.

La primera vez que entramos en una sala, para asistir a una conferencia, elegimos un sitio determinado. Y, la mayor parte, la segunda vez, ya no elegimos, sino que vamos directos a aquel asiento que, por causas desconocidas, ya nos es familiar. Cuando uno entra en un local público o desconocido, lo que más desea es seguridad, algo que le resulte acogedor, no tener que elegir sin conocer, sentirse protegido, arropado y con las mayores defensas posibles. Y eso lo logra el cuerpo vital con esa tendencia innata a repetir la localización primera. Desde ella ya nos resulta todo conocido: el ángulo desde el que me vemos al conferenciante, el lugar desde el que formulamos las preguntas durante el coloquio, la visión que tenemos de la habitación, etc. Todo contribuye a acogernos y a arroparnos y a que no nos sintamos extraños. Y, al mismo tiempo, a que, ya sin esas preocupaciones del primer día, aprovechemos el tiempo escuchando y asimilando lo que nos diga, que es para lo que hemos venido. Pero, sobre todo – y eso es lo que pretende el cuerpo vital – no tengamos que escoger emplazamiento cada vez que vengamos.

Ése es, pues, el sistema de que se vale el cuerpo vital para casi todo lo que hacemos: inclinarnos a adquirir hábitos, porque los hábitos ahorran mucha energía mental, de voluntad, de deseos,

etc. ¡Qué diferencia entre la primera vez que nos sentamos al volante de un coche y ahora! Entonces el conducir nos cansaba, consumía mucha energía, porque habíamos de reflexionar y decidir a cada instante: la velocidad, el embrague, el freno, el Código de la Circulación. Ahora ya no. Ahora todo eso lo hemos mecanizado y el conducir ya no nos cansa porque no desgastamos tanta energía. Fijaos en que el cuerpo tiene sus ritmos para comer, para dormir, para excretar, etc. Y que, si los alteramos, hemos de hacer conscientemente, es decir, gastando más energía, las cosas que antes hacíamos sin darnos cuenta porque las teníamos automatizadas, convertidas en hábitos gracias a la repetición.

Preñemos que el matrimonio, frecuentemente, se hace aburrido debido a los hábitos creados, que reducen la posibilidad de elegir.

5.- Cada célula es un conglomerado de átomos, cada uno con su conciencia. Nuestro cuerpo es un conglomerado de células, cada una con su conciencia. Las razas son conglomerados de hombres, cada uno con su conciencia. La Humanidad es un conglomerado de razas, cada una con su conciencia. Dios es un conglomerado de oleadas de vida, cada una con su conciencia. Etc.

6.- Además, cuando esos dos éteres superiores se separan de los inferiores gracias a la concentración y a la oración, nos permiten desprendernos conscientemente de nuestro cuerpo físico y visitar el mundo del deseo y trasladarnos en él a voluntad, visitando a quienes se fueron de este mundo y descubriendo y estudiando las leyes que allí rigen y trabajando en beneficio, tanto de los vivos como de los muertos.

Esos dos éteres superiores constituyen lo que San Pablo denomina “el cuerpo del alma” y es la parte inmortal del cuerpo mortal. Porque, así como al morir el cuerpo físico, los dos éteres inferiores se quedan a él unidos por el Cordón de Plata, descomponiéndose sincrónicamente con él, los dos superiores lo abandonan y sirven de vehículo al cuerpo de deseos, a la mente y al Yo Superior, de modo que, al conservar la sensibilidad y la memoria, no dejamos de ser nosotros mismos en ningún momento, y de ser dueños de nuestra conciencia individual.

Las leyes naturales y sus inevitables repeticiones permiten a nuestro Espíritu orientarse: Para venir aquí, todos nos hemos basado, por ejemplo, en la seguridad de que la ley de la gravedad está vigente y repetirá hoy lo mismo que todos los días y en todo momento: atraer los cuerpos hacia el centro de la tierra. Y, por tanto, podremos caminar sobre el suelo y no volaremos, y el edificio estará donde siempre y no gravitando. Y que las leyes que rigen el sonido y su propagación, nos permitirán, a mí hablaros y a vosotros escucharme y decodificar los símbolos que yo he empleado para expresar en palabras los que os pretendo suministrar.

7.- La evolución consiste en un largo proceso a través del cual nuestro Espíritu va aprendiendo lecciones de vida, de convivencia, y primero, desarrolla su propia individualidad; luego se da cuenta de que forma parte de un grupo al que se debe; y, más tarde, de que forma parte necesaria de la Humanidad, empeñada toda ella en el mismo proceso, a la vez individual y colectivo.

8.- Sabemos que somos aprendices de dioses, seres creadores que estamos aprendiendo a crear, cosa que ya dominamos en cierto modo en cuanto a la materia física se refiere. No tenemos más que mirar en torno nuestro para percatarnos de que casi todo lo que nos rodea ha sido creado por nosotros, los hombres. Pero también somos creadores en los otros mundos. Y de eso ya no somos tan conscientes cuando, en realidad, nuestra primera creación es siempre mental, de modo que, si no existiese esa primera imagen creada, nos resultaría imposible hacer nada en este mundo ya que, si no pensamos antes lo que queremos hacer, nos resulta de todo punto imposible hacerlo. Las creaciones animales – panales de abejas, presas de castores, nidos de aves, etc – son obra de los respectivos espíritus grupo, no de los individuos como tales. Y ello porque éstos no poseen una mente que les permita pensar, proyectar lo que van a hacer luego.

Incluso, en los otros mundos, es más fácil crear que en éste, sencillamente, porque su materia es mucho más dúctil y más maleable y obediente a los mandatos de nuestra voluntad.

Lo cierto es que todo pensamiento, el cual supone siempre una dosis más o menos mayor de voluntad, es una orden a la naturaleza que, ésta inmediatamente se apresta a cumplir, sin tener en cuenta su calificación moral. Su efectividad, pues, en los distintos mundos, dependerá de la claridad de la imagen mental, de la fuerza de nuestra voluntad y de la intensidad del deseo. Pero siempre produce un efecto. De ahí deriva nuestra responsabilidad por nuestros pensamientos. Y es lo que se contiene en la máxima oculta que reza que: “La energía sigue al pensamiento.”

En el hombre todo es desarrollable y todo ha de ser desarrollado. Lo mismo que el campeón olímpico no nace, sino que se hace, y no se hace con la pasividad y la inactividad, sino con la voluntad, el esfuerzo y la repetición, cualquier otra facultad humana requiere los mismos ingredientes para desarrollarse: Voluntad, esfuerzo y repetición (o método). Y así, cuanto más pensamos, más sabemos pensar; cuanto más aprendemos, más capaces de aprender nos hacemos; cuanto más creamos, más creativos nos volvemos; cuanto más tratamos de comprender al prójimo, más fácil nos resulta; cuanto más lo amamos, más nos sentimos inclinados a amarlo; cuanto más lo servimos, más posibilidades se nos presentan; cuanto más damos, más tenemos para dar; cuanto más oramos, más nos apetece y más motivos nos surgen... Es una ley natural: Lo que se ejercita crece y se desarrolla; lo que no se ejercita, o no nace o se atrofia.

Una ley natural establece que “la necesidad crea el órgano.” Pero esa creación se realiza siempre mediante la repetición. La naturaleza no conoce otro sistema. El hombre vio antes de tener ojos. Y los tiene a fuerza de repetir el intento de ver. Y digirió antes de tener estómago. Y lo tiene gracias a la repetición del intento de digerir. Y así hemos ido creciendo en todos los sentidos.

9.-Si sabemos que nuestros pensamientos y, consecuentemente, nuestros deseos, palabras y obras, que siempre presuponen el pensamiento, son órdenes a la naturaleza. Y sabemos que el sistema evolutivo por excelencia empleado por el propio Creador consiste en la repetición. Y que la nota clave del Cuerpo Vital es la repetición y, consecuentemente, tiende siempre

a repetir los procesos aprendidos. Y, por otra parte, deseamos progresar conscientemente en nuestra evolución, es lógico que empleemos ese sistema para lograr ese objetivo.

10.- Pero, ¿cómo aprendemos esas lecciones evolutivas? Luchando. ¿Contra qué? Contra nuestras tendencias negativas, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestros vicios, nuestro elemental del deseo...

Durante millones de años, hemos repetido deseos y actitudes y puntos de vista hasta que han llegado a formar parte de nosotros mismos. Tan insistentemente y durante tanto tiempo que han podido dirigir nuestra conducta subconsciente y constituir lo que llamamos nuestra personalidad, la que muchas veces confundimos con nuestro verdadero Yo.

A guisa de ejemplo, fijémonos en los perros, cuya única obsesión cuando salen a la calle es oler árboles, esquinas, etc. Esa tendencia prácticamente irrefrenable a oler parece formar parte de su vida. Imaginemos, pues, lo que tendría que esforzarse y que sufrir el perro si, en un estadio futuro de su evolución, tuviera que dejar de oler las cosas. Más o menos, lo mismo que nosotros hemos de esforzarnos por abandonar determinadas tendencias o actitudes que, quizás en otras épocas fueron útiles, pero ahora resultan negativas para nuestra evolución.

Luego, una vez adquirida la mente y con ella la autoconciencia, hemos iniciado el camino de retorno, que supone el desprendernos de todas aquellas tendencias y vicios y negatividades, y sustituirlas por sus equivalentes positivas.

¿Y cómo hemos de hacer esa sustitución de nuestras negatividades? De la misma manera que las adquirimos: repitiendo sin cesar nuestras actuaciones, pero esta vez positivas. Hay una diferencia fundamental, sin embargo: Durante el descenso a la materialidad, a lo largo de la Involución en que fuimos creando nuestra personalidad enfrentada al Espíritu, actuamos inconscientemente, con la misma inconsciencia con que aún digerimos hoy los alimentos. Y eso supuso muchos millones de años. Ahora, en cambio, lo podemos y lo debemos hacer conscientemente, lo cual puede abreviar muy considerablemente el proceso.

¿Y cuál es el sistema para llevar a cabo conscientemente el proceso? La repetición. Porque, si somos dioses en formación o aprendices de dioses, ¿no es lógico que apliquemos a nuestras actuaciones las mismas pautas que quien nos creó a nosotros?

La repetición consciente, sin embargo, conlleva la colaboración de la concentración, o sea, de la voluntad, más la aspiración, o sea, el amor-sabiduría, más la actuación, o sea, la actividad. Con lo cual, la repetición consciente hace trabajar y, por tanto, desarrollarse, despertarse, a nuestros tres espíritus, el Divino, el de Vida y el Humano respectivamente.

Porque, debido a la inercia de nuestras costumbres y hábitos, y al profundo entramado logrado con nuestra actuación automática o subconsciente, necesitamos la fuerza de la voluntad para vencerla e introducir en nuestra conducta los nuevos elementos que han de sustituir a los anteriores negativos. Y necesitamos no cejar en nuestra aspiración por elevarnos y progresar hacia la meta. Y necesitamos que esa voluntad y esa aspiración se reflejen luego en una actuación correcta, frente a la anterior, ya negativa en el estadio evolutivo que hemos alcanzado.

¿Y qué habremos de hacer si pretendemos desprendernos de un vicio o una costumbre o una inclinación que queremos desterrar de nuestro carácter? Poner toda nuestra atención en lo que hacemos, decimos y pensamos. Sólo de ese modo, sustituyendo en el momento oportuno una actitud antigua por otra nueva, ésta acabará convirtiéndose en la habitual y la primera quedará relegada al pasado y dejará de tener virtualidad alguna sobre nuestra vida. San Pablo nos aconsejó “*despojarnos del hombre viejo y vestirnos con el nuevo.*”

11.- La repetición, pues, posee numerosas aplicaciones o virtudes, todas ellas interesantes, entre las que vale la pena resaltar las siguientes:

a.- Nos permite aprender algo nuevo. Gracias a la repetición de la información nueva, el éter reflector la fija y la archiva en la memoria, para que la podamos evocar cuando la necesitemos.

b.- Nos hace posible, en el futuro, recordar esa información. Porque, ¿de qué dependerá la persistencia y fidelidad de su grabación y, por tanto, la posibilidad y facilidad de su evocación en el futuro? Solamente de la cantidad de veces que la hayamos realizado o evocado y, por tanto, recordado y actualizado, es decir, repetido. En esta cualidad de la repetición se basa el método de estudio. Todos los estudiantes lo conocen y su rendimiento depende, prácticamente, de cuánto y cómo lo utilicen.

c.- Nos facilita el relacionar esa información con otras anteriores, con lo que nuestras posibilidades de conocimiento y de manejo del entorno aumentan en progresión geométrica.

Es sabido que la persona más inteligente es aquella que es capaz de realizar más conexiones mentales con relación a cualquier asunto. Y es lógico, puesto que, cuantos más datos se poseen sobre un tema determinado, provengan de donde provengan, es decir, cuantas más relaciones mentales se dominen, más fácil resultará encontrar la solución de cualquier problema y escoger con mayor acierto la acción correcta y las consecuencias más convenientes.

Ésa es la causa de que en la antigüedad y en los pueblos primitivos, se hiciese jefes a los ancianos: Al haber vivido más, reunían mayor número de datos, más experiencia, y podían decidir qué hacer ante cualquier contingencia, mejor que los menos experimentados. La sabiduría popular ha resumido la idea en el refrán que recuerda que “Saber es poder.” En nuestros tiempos, más modernos, hemos acuñado la frase equivalente de: “La información es poder.” Bien entendido siempre que aquel “saber” y esta “información” son sólo fruto de la experiencia, es decir, de la repetición.

Recordemos que Julio César que, como militar se distinguió siempre por estar en todo momento perfectamente informado acerca del enemigo (situación, fuerza, propósitos, etc.) la única vez en su vida en que no hizo caso de la información, cuando los Idus de marzo, que le decía que había un complot contra él, hizo posible que sus enemigos lo asesinasen.

d.- Nos permite profundizar en el contenido de la información repetida. El hecho de incidir mentalmente en un tema, hace que nos vayamos familiarizando con él y que se vaya ampliando la parte de su contenido a la que tenemos acceso. De modo que, tras cada repetición lo conocemos más y mejor.

Recordemos, a estos efectos, dos casos conocidos:

Uno es el sistema empleado por la Dianética, para lograr el recuerdo del propio nacimiento, por ejemplo. Consiste en hacerlo repetir al alumno una y otra vez. Uno va añadiendo datos que, al principio parecen imaginados pero que, al fin, van atrayendo otros más, hasta constituir una reconstrucción aceptable.

El otro es el empleado por la policía en sus interrogatorios. Hacen repetir al sospechoso o al testigo, una y otra vez, su versión de los hechos. De este modo el interrogado va evocando más y más detalles sobre el hecho en cuestión, que estaban arrinconados en su memoria subconsciente.

e.- Nos permite ampliar nuestra conciencia sobre el tema, de modo que nos sirva como trampolín para, a partir de la información que contiene, elucubrar sobre otros asuntos, adoptar decisiones, establecer relaciones o actuar en cualquier sentido, siempre en un nivel superior al que poseíamos antes.

En este sentido, todos hemos oído decir y hemos experimentado personalmente, que cada vez que releemos el Cosmos, descubrimos cosas nuevas. ¿A qué se debe? Precisamente a que esa repetición de su lectura, basada en lo que hasta entonces habíamos comprendido, nos permite profundizar en sus contenidos. En el fondo, pues, como siempre, la repetición.

f.- Robustece nuestra atención y nuestra concentración, con lo cual contribuye a aumentar nuestro dominio de la mente, imprescindible para la verdadera evolución.

g.- Hace más fáciles las futuras memorizaciones. Porque, como todos los órganos, se robustece con el uso.

h.- Nos permite desprendernos de hábitos o tendencias indeseables. El proceso que esa eliminación sigue, sin embargo, vale la pena estudiarlo, puesto que consta de varias etapas que conviene conocer para no desanimarse. Y son éstas:

A.- Primero, aunque uno desea abandonar el vicio o la costumbre o la inclinación negativos, suele recaer en ellos, dándose cuenta, después de cada caída, de que ha fallado de nuevo. Eso se da durante algún tiempo, pero la persistencia y la propia vergüenza que uno siente, van robusteciendo nuestra aspiración y nuestra voluntad.

B.- En el segundo escalón ya nos damos cuenta de que estamos fallando en el mismo momento de hacerlo, pero ya es tarde. También, si nos arrepentimos de ello, robustecemos nuestras armas.

C.- En la tercera etapa, nuestro Espíritu nos avisa antes de recaer. Sin embargo, al principio, aún incidimos en el error, a pesar del aviso.

D.- Y, por fin, hacemos caso del aviso previo y actuamos ya de modo espontáneo y habitual positivamente. El vicio o la inclinación o la costumbre indeseables han desaparecido de nuestro carácter y, en su lugar, tenemos a nuestra disposición el hábito de no recaer en ellos.

12.- Se dirá que todo lo que antecede no es precisamente espiritual. Y yo responderé que todo lo que nos permite avanzar en el conocimiento y dominio del mundo físico o de los mundos superiores es espiritual. Porque, ¿qué es la materia sino espíritu cristalizado, como dice Max Heindel? ¿Y qué es el espíritu, sino materia sublimada?

Pero es que, además de todo lo dicho, la repetición tiene aplicaciones especiales en el mal llamado “mundo espiritual”, que se ponen de manifiesto en los siguientes puntos:

a.- Si dejamos de practicar **la concentración**, nuestro dominio sobre la mente se irá debilitando hasta desaparecer. Se impone, pues, la repetición diaria del ejercicio así denominado, puesto que es un elemento clave para la separación de los éteres.

De todos los que han estudiado es bien conocido ese terrible mal que les amenaza: la pérdida del hábito de estudio.

Hace unos años me impresionó escuchar a un hombre de edad durante una entrevista por TV sobre no sé qué tema, porque dijo: “Me he pasado la vida trabajando y relegando para el momento de mi jubilación el leer que, durante mi juventud, fue mi vicio. Y ahora, cuando he querido leer, resulta que he perdido el hábito de la lectura”.

b.- **La oración frecuente**, es decir, la elevación de nuestra mente y nuestro corazón a los planos superiores, debe ser, y así se nos aconseja, constante. ¿Por qué? Por varios motivos:

Cuando oramos conscientemente, por un lado, nos elevamos y, por otro, recibimos una respuesta proporcionada. Porque hay una ley cósmica que hace que la naturaleza toda, de cualquier plano, tenga horror al vacío. De modo que, cuando nos elevamos conscientemente en oración, esa vibración nuestra ascendente deja un vacío tras de sí en todo su recorrido, vacío que ha de ser – y es – inmediatamente rellenado por la vibración de respuesta, proveniente del nivel que hayamos alcanzado.

Cuando nos elevamos y recibimos una respuesta, se eleva nuestra frecuencia vibratoria. Y, cuanto más alta es nuestra frecuencia vibratoria, más positivamente estamos vibrando.

Si oramos frecuentemente, pues, estamos elevados y positivos frecuentemente; y, cuanto más oremos, más tiempo permaneceremos en los niveles superiores y más se irán acostumbrando nuestros vehículos a sus elevadas vibraciones y más amplio se hará el canal que nuestra oración abre hasta los otros mundos y mayor será la cantidad de energía que, a su través, se derrame sobre nosotros.

Así, el cuerpo vital, creador de los hábitos, convierte la oración frecuente en una costumbre, cada vez más fácil, más agradable, más deseable y más efectiva y fructífera y, poco a

poco, en una necesidad y, por tanto, la vibración positiva, en algo permanente en nosotros.

Al convertirse la oración consciente en una necesidad, tendemos a satisfacerla sin que nos cueste esfuerzo alguno.

Mientras vibramos positivamente, todos los pensamientos, sentimientos y deseos negativos quedan fuera de nuestra vida consciente.

Si lo negativo es rechazado y cada vez vibramos más positivamente y durante más tiempo, avanzamos más deprisa.

Como la oración presupone la concentración, produce todos los efectos de ésta, incrementados por las elevadas vibraciones que evoca, con lo que robustecemos nuestro dominio del vehículo mental.

Del mismo modo, robustece nuestra voluntad, al ejercitarla frecuentemente. Y, tengamos en cuenta que, el desarrollo de la voluntad, la espiritualización del carácter y el fortalecimiento y dominio de la mente son los tres objetivos clave de nuestra evolución.

13.- Por todo ello se nos recomienda en la Escritura que oremos sin descanso. No se quiere decir, sin embargo, que todo el día estemos orando. Eso sería antinatural. Sino que desempeñemos nuestras obligaciones lo más correctamente posible, conscientes de que, con ello, contribuimos al adelanto del mundo y, de ese modo, nuestra vida sea una oración, es decir, que tengamos enfocados nuestra mente y nuestro corazón en los planos elevados. O sea, que practiquemos, con la mayor frecuencia posible, la repetición de algo, por ejemplo, tan sencillo como: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.”

¿Qué pretenden sino el santo Rosario o las letanías y los ritos de todas las religiones, siempre los mismos y siempre repetidos? Precisamente, que esas repeticiones conscientes nos hagan elevar otras tantas veces nuestras vibraciones, de modo que nuestro contacto con Dios se refuerce cada vez más.

Aquí podría poner dos ejemplos de mi vida que avalan lo importante de la repetición:

El primero se refiere a mi abuela. Mi abuela tenía una obsesión: el pañuelo. Ella consideraba que todo el mundo debía

llevar consigo un pañuelo, pues era un instrumento muy importante, útil y necesario. Así que se propuso que yo me acostumbrase a él. Y, cada vez que yo iba a salir de casa, repetía su pregunta: ¿llevas pañuelo? A veces, estando yo ya casi en la calle, salía a la escalera, se asomaba y me decía: ¿llevas pañuelo? Y yo debía volver a subir, si había olvidado esa prenda tan importante para manejarse en la vida. Pues bien, tanto me lo repitió, fueron tantos años de repetición que mi abuela murió hace ya más de cuarenta, pero soy aún completamente incapaz de salir de casa sin pañuelo. Y, si alguna vez, pocas, se me olvida, me siento incómodo y con la sensación de que lo voy a necesitar.

El segundo ejemplo se refiere a Flor. Flor es una gatita persa, preciosa que tenía en casa. Era mi ayudante y mi amiga fiel. Nos entendíamos perfectamente. Debéis saber que los gatos persas son distintos de todos los demás gatos. Los gatos persas hablan. Quiero decir que saben modular una serie de maullidos que, con muy poco esfuerzo, uno es capaz de traducir. Flor estaba habitualmente en mi regazo mientras yo trabajaba. Pero si había de bajar de mis rodillas, antes me lo avisaba. Y si, al rato, deseaba subir, lo pedía primero. Y, si tenía hambre, me lo decía con el maullido del hambre. Y, si quería salir al jardín, con el de salir al jardín. Pero, cuando quería entrar no. Cuando quería entrar no llegó a determinar qué maullido sería el oportuno, de modo que mayaba de modo irregular. Y, como yo no sabía interpretar esos maullidos irregulares y sin sentido, no tuvo más solución que repetirlos, sustituyendo su falta de igualdad con una paciencia y una insistencia dignas de mejor causa. Pero logró siempre su propósito porque, llegaba a ser tan insoportable el maullido insistente, arrítmico e irregular, que acababa siempre por dejar lo que estuviera haciendo y abriéndole la puerta. Descubrió, pues, y utilizaba con éxito, el sistema de la repetición. Flor no estuvo en aquella clase de latín de hace sesenta y dos años, pero sí conocía el significado de aquella frase latina tan simple y tan verdad: “gutta cavat lapidem”. Y la recomendación bíblica: “orad sin descanso”. Y le daba resultado.

Como siempre que puedo, quiero terminar esta charla con algún poema, a ser posible mío, que haga referencia al tema tratado: la repetición.

Empezaré con éste, que se refiere precisamente a la repetición en el plan divino. Lo titulo

LA ETERNIDAD

¿Hay algo más durable que lo efímero?
Porque, ¿la eternidad es inmutable
o es una sucesión, sin fin, de cambios
que acaban siendo un todo inabarcable
por su insistencia en su volver variable?

Seguiré con éste, que insiste en la repetición y que titulo

¿DÓNDE ESTÁ LA VIDA?

...Ya al nacer, empezamos a morir.
Pero, cada minuto que morimos,
nos acerca, sin pausa, a un revivir
al llegar al final de ese camino.
Nacer y morir; morir y nacer.
Cual flujo interminable al sol marino,
ascendiendo en la escala de la vida
en brazos de un misterioso destino.
¿Y dónde está la vida, aquí o allá?
¿Y cuál es de estas vidas el sentido?
¿Y qué de mí se espera en esta ida
y este regreso siempre repetidos?

Y terminaré con éste, que se refiere a la elevación que produce la oración frecuente. Lo titulo

ERES UN MAR...

Eres un mar, Señor, do yo buceo
y, cuanto más profundo logro hallarme,
más te alcanzo y aún más deseo bajarme
para alcanzarte más, do más te veo.
Que eres sin fin, Señor, y Tus profundos,
cada vez más brillantes y más claros,
se me hacen, por momentos, menos raros,
y en ellos vivo siglos en segundos.

* * *